

CONJETURAS

Un cuerpo no cabe en sí mismo. Piel, mundo y ecotecnia en la era digital

Joaquín Jiménez Barrera

“La comprensión del cuerpo como si fuese un “código” —y, por tanto, expuesto, abierto y perfectible — no solo transforma la comprensión que tenemos de nuestros propios cuerpos, sino que también transforma de manera radical lo que entendemos por en-común: la familia, las formas de asociación, la política (sus aparatos y su institucionalidad), las resistencias y la protesta”.

Alejandra Castillo, *Adicta imagen*

Una imagen: la del deshuesadero. ¿Qué forma toma el presente si no la de un voraz deshuesadero? Un depósito de basura que acumula los desechos arrojados por la obsolescencia programada. Agonizan los objetos técnicos sus últimas horas de vida. Agonizan junto a ellos los grandes motivos de la modernidad. El estado, la revolución, el progreso, el sujeto. Muere la idea de un cuerpo ensimismado, en los umbrales de su carne. El tiempo se suspende, es un resto. Abierto al vértigo, a su contingencia supurante.

Un osario estalla frente a nuestros ojos y no hacemos sino habitar su ruina, la misma que parece obsesionar a Walter Benjamin (2012) en su Trauerspiel. Tomo prestada una de sus frases para adentrarme en la vorágine de este presente: “La naturaleza lleva ‘historia’ escrita en el rostro con los caracteres de la caducidad (...) la historia no se plasma ciertamente como un proceso de una vida eterna, más bien como decadencia incontenible”. Aceptar que la Historia, con mayúscula, se ha derretido como los glaciares

del Antropoceno nos abre una leve fisura. El paisaje está detenido. La respiración entra y sale de uno mismo. Sin embargo, en su expulsión al mundo, la respiración regresa. El cuerpo se mira como frente a un espejo. El ojo se extiende, la mano se abre. La piel es parte de un paisaje informacional. Ser cuerpo supone habitar la red, con sus miríadas de servidores. Hay interfaces y dormimos sobre ellas.

¿Qué es un cuerpo? ¿Cuáles son sus límites conmensurables, intrazables? ¿Cómo entender la piel en la madeja de este presente informatizado? ¿Qué habita un cuerpo? ¿Cómo se da cuerpo al habitar? La liminalidad es una entrada conceptual para leer el devenir del cuerpo en la era del capitalismo informacional. Con la digitalización de la vida y la emergencia sostenida de la inteligencia artificial, podríamos decir que el cuerpo ha permeado umbrales y grietas. Se ha fractalizado en entornos digitales, donde implosiona como un cuerpo de datos vulnerable a la vigilancia.

El centro de esta reflexión afirma que el cuerpo ya no cabe en sí mismo, se ha desgajado de su condición unitaria. Al hacerse medible, cuantificable, datificable, somos testigos de una mutación, bajo el decir de Franco Berardi (2020), que trastoca los umbrales de la sensibilidad.

Trazo a continuación una exploración crítica para abordar, al menos a retazos, tales posibilidades.

Del centro de gravedad al límite

Una pista: Nietzsche. El cuerpo se comporta como un centro de gravedad. Es el “hilo conductor” de la existencia, traza un carácter interpretante. Leamos, por ejemplo, algunas partes de Así habló Zaratustra: “cuerpo soy yo íntegramente, y ninguna otra cosa (...) El cuerpo es una gran razón, una pluralidad dotada de un único sentido, una guerra y una paz, un rebaño y un pastor”. Una enigmática sentencia afirma que el cuerpo es una tensión, una guerra y una paz, pero al mismo tiempo un terreno donde rebaño y pastor dan espacio a la vida.

Otra pista: la distinción alemana entre *der Körper* y *der Leib*. En español, ambos significan cuerpo. Mientras que el primero es su carácter biológico y material —podríamos decir, entonces, orgánico—, el segundo refiere al campo de lo corporal, el escenario donde surge el sentido. Palabras de Nietzsche: *der Leib*. El acontecer humano no depende solo de los materiales de los que está hecho un cuerpo, sino más bien de la circulación de dichas intensidades. Entonces: un cuerpo no remite exclusivamente a sus condiciones biológicas, sino también a la eclosión de perspectivas sobre sí. Algo parecido manifiesta Borges en “La biblioteca de Babel”, cuando define al cuerpo como “la superposición de un número infinito de planos”.

Dice Deleuze —leyendo a Nietzsche—: “El cuerpo es un fenómeno múltiple, al estar compuesto por una pluralidad de fuerzas irreductibles; su unidad es la de un fenómeno múltiple”. Estado múltiple, donde la posibilidad se extiende y bifurca. Zarpamos al infinito, a sus posibilidades. El cuerpo hilvana fuerzas, tonalidades, modos de ver y comprender. En *La voluntad de poder* (2001), Nietzsche insiste: “Esencial, partir del cuerpo y utilizarlo como hilo conductor. Es el fenómeno más rico, el que permite un más claro examen”. Es por ello que el autor devuelve al cuerpo su centro de gravedad. El cuerpo reúne en su soporte al infinito, a las condiciones de posibilidad. En su posición, eyectado hacia el mundo, se definen intervalos, superposiciones. En el “enjambre de fuerzas abigarradas” (190), siguiendo la imagen de Pablo Oyarzún, el cuerpo contorsiona sus fuerzas. Dentro de sí se encuentra el afuera, golpe de un otro, una caricia que cubre la piel.

Dentro de sí el yo diseminado en la red, cuyo lugar aparente es un entorno digital, exteriorizado.

La imagen del enjambre es paradigmática del horizonte digital, donde las masas se dispersan y forman individuos aislados. Sujetos descompuestos en colmenas de datos, cuantificados, digitalizados. Byung-Chul Han (2014) figura este enjambre como un terreno aséptico al lugar de la masa, intransigente al ideal de una comunidad. Franco Berardi va un poco más allá al afirmar que “el enjambre es un cuerpo conectivo sin conjunción, sin colectividad afectiva consciente”. Podríamos decir entonces que los espacios digitales son umbral para la expresión de los cuerpos. Si la plaza pú-

blica había sido previamente el punto de encuentro de la comunidad, el enjambre digital se revela como una de las tantas posibilidades —quizás, restringida— para la reunión fragmentaria de los cuerpos.

Leves huellas de datos se reúnen en la interfaz, restrictiva de los modos en que los cuerpos se disponen en tramas digitales. El cuerpo conectivo sin conjunción se refiere particularmente a aquel modo de encuentro relegado a las operaciones predispuestas del diseño web. Berardi sostiene: “La conexión (...) es una concatenación de cuerpos y máquinas que solo puede generar significado obedeciendo a un diseño intrínseco generado por el hombre, y respetando reglas precisas de comportamiento y funcionamiento”. En otras palabras, la conexión es la adaptabilidad de los cuerpos a las normas sintácticas de la interfaz, que opera necesariamente sobre ceros y unos, operaciones discretas y algorítmicas. En la interfaz, los cuerpos se asoman como un tímido escorzo. El campo de percepción e interacción porta un límite: esa mano que busca, rastrea. Da like a una imagen, se detiene por unos cuantos segundos en ese video.

El cuerpo escorzado roza un límite, llega hasta el ojo de ese mismo cuerpo. Su rostro se encuentra consigo mismo. En el diseño de perfiles, un yo narcisista, que, siguiendo a Massimo Recalcati (2021), reitera la “reproducción monótona de lo Mismo” frente a la anulación de la alteridad.

Un yo tautológico en su manifestación como imagen, como escorzo. Desecho del deshuesadero.

En palabras de Jean-Luc Nancy (2003): “Los cuerpos no tienen lugar ni en el discurso ni en la materia. No habitan ni el espíritu ni el cuerpo. Tienen un lugar al límite. Límite: borde externo, fractura e intersección del extraño en el continuo del sentido, en el continuo de la materia. Abertura, discreción”.

Si algo nos enseñan las lecciones de Nietzsche y la imagen del enjambre digital es que el cuerpo es el lugar de la abertura. Un territorio donde se posan distintas interfaces (la digital sería tan solo una de ellas).

El cuerpo es un campo de fuerzas. Activas, reactivas; históricas, culturales, fisiológicas. Por ello, Judith Butler (2002) afirma que la materialidad del cuerpo no puede entenderse sin considerar el entramado de poder que la sostiene. Tanto el sujeto como el cuerpo son lugares que se habitan tras el despliegue de un límite. “Los cuerpos son lugares de existencia”, dice Nancy, “El cuerpo-lugar no es ni lleno, ni navío, no tiene ni afuera, ni dentro, como tampoco partes, totalidad, funciones o finalidad”. Se expresa en el lugar del umbral hasta que el límite impide su manifestación. Hasta que el poder relega su umbral de dolor.

En los ecosistemas digitales, el límite del cuerpo es su interfaz, la mirada humana incapaz de retener cada estímulo de la velocidad virtual. El cuerpo anestesiado frente a la pantalla que se adecúa no al montaje, sino al ensamblaje de las partes que organizan la web. Desde allí, la interfaz digital devuelve la mirada al sujeto y al cuerpo. Organiza sus huellas. Es un dispositivo orgánico en la medida en que articula una trayectoria de estímulos e imágenes pensadas para ese cuerpo, para su satisfacción.

Mateo Pasquinelli (2015) ahonda en este asunto al advertir que la red se ha dispuesto como una trama de patrones. Miden al cuerpo —y al sujeto— en función de sus likes, de las imágenes que buscan y desechan; de los videos que reproducen, de los minutos que vuelven a reproducir. En sus palabras, “La matriz digital se está transformando en un cosmos conformado por curvas y ondas más que por bits y cantidades: vectores de tendencias, grupos de patrones sociales, dorsales de anomalías y picos, manifestaciones concretas de inteligencia. Una nueva geografía colectiva, expuesta a la colonización”. Podemos pensar la web como un espacio de flujos discordantes, torcidos, donde los datos son la materia prima.

Urge reconceptualizar al cuerpo, ir más allá del entramado orgánico que organiza su carne. Urge pensar en sus inéditas formas de presentación al mundo en tanto ingresa también al territorio virtual, un espacio donde es vulnerable a la mercantilización, a la manipulación de su escorzo. Paul Preciado (2020) parece dar al clavo en la política del cuerpo al constatar su devenir múltiple. En sus palabras, “Mi cuerpo vivo, no diré mi inconsciente ni mi conciencia, sino mi cuerpo vivo que engloba todo . . . en su mutación constante y en sus múltiples devenires, es como una ciudad griega . . . bajo

cuyas fundaciones subsisten ruinas clásicas, restos animales o vegetales, fundamentos minerales y químicos a veces invisibles”.

El imaginario topológico de lo digital suele obviar la materialidad que lo circunda. Más allá del internet, el espacio virtual consiste en un complejo entramado computacional a escala planetaria, engarzado por millones de kilómetros de cables submarinos y centros de datos que consumen la energía física del territorio. Los restos invisibles de los que habla Preciado nos interpelan a pensar el devenir del cuerpo en este entramado. El cuerpo, nos dice, es más que su fisiología: “No hablo aquí del cuerpo vivo como de un objeto anatómico, sino como lo que denomino ‘somateca’, un archivo político viviente”.

Interpreto esta somateca desde el centro de gravedad nietzscheano, aquel lugar de intersección que da cabida a la multiplicidad. Continúa Preciado: “Del mismo modo que Freud consideró que el aparato psíquico excedía la conciencia, hoy es necesario articular una nueva noción de aparato somático para dar cabida a las modalidades tanto históricas como externalizadas del cuerpo, aquellas que existen mediadas por las tecnologías digitales o farmacológicas, bioquímicas o prostéticas”. Es necesario pensar la política del cuerpo más allá de su mismidad. Si un cuerpo ya no cabe en sí mismo, precisamos de una ética que considere el terreno digital como otra de sus modulaciones. El cuerpo es una somateca y su implosión virtual es una de sus tantas manifestaciones.

La técnica y la disponibilidad

Una manera de atender la reconceptualización del cuerpo es revisitando algunos de los hitos más relevantes para la conformación del actual entramado computacional global. Detengámonos en el siglo XX, la época de la reproductibilidad técnica, punto neurálgico necesario para pensar una ética del cuerpo digitalizado. Es en este contexto cuando emerge la acelerada velocidad que repercute en los modos de mirar: los estímulos de la ciudad moderna, de los panoramas y las fantasmagorías. Aquel terreno que tan bien describió Walter Benjamin en sus ensayos más célebres, casi como una

écfrasis paisajística, asentó los orígenes de la digitalización. Si la cosmópolis del siglo XX fortificaba una ciudad tecnificada, colmada de objetos técnicos que trasladaban al mundo la promesa moderna, actualmente habitamos una ciudad digitalizada, donde el internet de las cosas modula nuestras formas de convivencia. Podríamos leer, entonces, la historia de Occidente como el relato del devenir de la técnica, cuyo poder transformador es tal, que la única manera de acceder a ella es dotándola de un discurso que dé cuerpo a sus manifestaciones sobrecogedoras.

Dice Heidegger (1958): “El desocultar imperante en la técnica moderna es un provocar que pone la naturaleza en la exigencia de liberar energías, que en cuanto tales pueden ser explotadas y acumuladas . . . Esta [provocación] acontece de tal manera, que se descubren las energías ocultas de la naturaleza; lo descubierto es transformado”. La técnica moderna, en tanto forma de desocultamiento, manifiesta una desmesura que ingresa inevitablemente en el cotidiano. En su función instrumental, aumenta la disponibilidad del mundo; incluso, la disponibilidad de la realidad de facto. Las realidades digitales, bajo este principio, pueden ser interpretadas como nuevas topologías para el habitar humano. Si la técnica es una desmesura, al mismo tiempo ordena la desmesura del mundo: las interfaces digitales archivan, registran, controlan, segmentan. Son ese panóptico aperspectivista del que habla Byung Chul Han (año). Son, además, la exudación de la energía planetaria contenida en cuantiosos servidores y centros de datos que posibilitan nuevas formas de coexistir. Transformación organológica, parafraseando a Bernard Stiegler (2020), donde las retenciones terciarias espacializan al cuerpo: la voz se hace reproducible a través de un artefacto electrónico, así como también el rostro se hace medible por medio del reconocimiento facial. Según Stiegler, “tertiary retention has become, via digitalization, the object of industrial and global exploitation”¹; en otras palabras, el mundo digitalizado se vuelca de frente a la realidad de facto como un plano superpuesto igual de mercantilizable.

¹ N. E: “la retención tercerizada se ha convertido, a través de la digitalización, en el objeto de la explotación industrial y global” (traducción del editor).

La noción de ‘ecotecnia’ planteada por Nancy es otro modo de ahondar en la transformación organológica del mundo, donde los aparatos coexisten y traen nuevas posibilidades para el cuerpo. En palabras de nuestro autor:

Nuestro mundo es el mundo de la ‘técnica’, el mundo del cual el cosmos, la naturaleza, los dioses, el sistema completo en su juntura íntima, se expone como ‘técnica’: mundo de una ecotecnia. La ecotecnia funciona con aparatos técnicos, a los cuales ella nos conecta desde todas partes. Pero lo que ella hace son nuestros cuerpos a los que pone en el mundo y conecta a este sistema, nuestros cuerpos que de esta manera ella crea más visibles, más proliferantes, más polimorfos, más comprimidos, más en ‘masas’ y ‘zonas’ de lo que jamás lo fueron. En la creación de los cuerpos es donde la ecotecnia tiene este sentido que se le busca en vano en los restos de cielo o de espíritu.

En el presente digitalizado, la ecotecnia propuesta por Nancy parece cobrar un sentido aún mayor. Mundo de las conexiones, de las afecciones entre pieles e interfaces; de los sentidos que implosionan el cuerpo, aquel entramado de perspectivas que hace de él un centro de gravedad. El cuerpo, ese fenómeno múltiple y polimorfo, se disgrega. De allí que en el breve “Posdata a las sociedades de control” Deleuze (1991) plantee que el sujeto ha adquirido una condición dividida, donde las masas cuantificables de la disciplina se transforman en “datos, mercados o bancos” y el cuerpo habita territorios metaestables, demarcados por el movimiento ondulatorio de la modulación. Pablo Rodríguez (2019), quien lee a Deleuze desde el presente, actualiza esta fabulación anticipatoria al declarar que, en las interfaces digitales, el sujeto “no sería exactamente un espejo, sino más bien una multiplicación, una fragmentación y explosión de datos que luego, más tarde, encontrará al individuo del cual supuestamente provienen y al cual supuestamente vuelven”. Cuerpo e interfaz palpan un límite cuya imagen es la de una polimorfa ubicuidad.

La ecotecnia prevista por Nancy estalla hoy en día a través de las mediaciones entre cuerpos e interfaces, regulados entre sí bajo la lógica del capital, descrito por Nick Land (2019) —ya sea irónicamente o no— como

“un vórtice nihilista de automatización que neutraliza todos los valores a través de su correspondencia con el comercio digitalizado . . . [dirigiendo] una migración del comando despótico hacia el control cibernsensivo”. El control cibernsensivo de la corporalidad refiere a la mutación digital descrita por Berardi, una inmersión de lo sensible que involucra la configuración de nuevos hábitos y formas de sensorialidad: “la tecnosfera mecánica a la digital ha provocado una mutación en la textura de la experiencia humana y en el tejido mismo del mundo”. Ocurre así un desplazamiento de lo conjuntivo a lo conectivo, en tanto el lenguaje informático parece coartar las posibilidades de desplazamiento. El cuerpo habita códigos binarios, algoritmos predictivos que ensamblan las imágenes que llegan a nuestra vista y anticipan los comportamientos del sujeto en la interfaz. Se habita, en este sentido, en una lógica del conexionismo, donde las estructuras sintácticas colman los imaginarios y delimitan cuánto puede un cuerpo.

Urge pensar al cuerpo desde sus desbordes, como aquella somateca que se agrieta y supura. Como advierte Berardi “Hoy en día la tecnología digital se basa en la inserción de memes neurolingüísticos y dispositivos automáticos en la esfera de la cognición, en la psique social y en las formas de vida. Tanto metafórica como literalmente, podemos decir que el cerebro social está sufriendo un proceso de cableado, mediado por protocolos lingüísticos inmateriales y dispositivos electrónicos”. Ya lo había anticipado Susan Buck-Morss (1993) en su lectura de la obra de Walter Benjamin: la experiencia moderna trae consigo un shock físico-psíquico. El sujeto olvida que tiene cuerpo en tanto es impermeable a los sentidos. Surge una falta de respuesta corporal ante la aparición del humo de las fábricas, los cuerpos mutilados de la guerra, la invasión acelerada de estímulos a raíz de la producción industrial. El ojo es incapaz de retener uno por uno dichos estímulos y la velocidad vertiginosa determina los modos de supervivencia. El sistema sinestésico deviene en anestésico y el cuerpo se desencaja de su aparente unicidad perceptual. Bajo el decir de Nancy, el cuerpo transita hacia una “certidumbre confundida, hecha astillas”.

El cuerpo sobrevive bajo el dominio de una interfaz veloz, donde el *scrolling*² acelerado y sinfín anestesia las formas de habitar la cognición. Sobrevive bajo modulaciones tecnosemióticas que promueven estados conectivos, protocolares, regidos por una sintaxis predictiva. La piel, esa interfaz con la que experimentamos el mundo, se llena de estímulos imposibles de atender bajo un ritmo secuenciado, y, al mismo tiempo, se hace discreta en la interfaz digital; la piel se calcula y las identidades se arman en la red como escorzos inacabados. Colmamos una infoesfera que se acopla al resto de los niveles topológicos del habitar humano, donde “la proliferación de infoestímulos ha sometido la sensibilidad a un estrés mutagénico. Debido a la intensificación de las señales electrónicas, la aceleración de la infoesfera está arrastrando la sensibilidad al vértigo de la estimulación simulada” (Berardi 2020).

La piel no es únicamente el entramado orgánico del que está compuesta, sino también aquello de lo que se nutre al tacto: los entes naturales, tecnológicos; los objetos que palpa y guarda en su memoria corporal. Dice Berardi: “La epidermis es una memoria de caricias y cicatrices, la interfaz de lo social, y su sensibilidad es la que sufre con mayor intensidad la mutación en curso”. Esto desencadena una emergencia de estados patológicos: la depresión, el pánico, la hiperactividad, la saturación de estados cognitivos. La técnica, engarzada necesariamente a un capitalismo absoluto, opera a través de la excesiva disponibilidad que crece al infinito y se bifurca bajo modalidades inéditas que vacían nuestro vivir.

² **Scrolling:** del inglés *scroll*: “mover el texto o los gráficos que se muestran en una pantalla en una dirección determinada para poder ver diferentes partes de los mismos” (Oxford English Dictionary 2026). Método de navegación a través de contenidos digitales. Refiere a la acción de desplazarse de forma horizontal o vertical en una pantalla a través de texto, videos o imágenes, en una única página de apariencia infinita. Fue desarrollado para facilitar la navegación en diferentes dispositivos digitales, como tablets y smartphones a raíz de las diferencias en tamaños y resoluciones de pantallas. Cfr. “Scroll.” Oxford English Dictionary, Oxford University Press, 2026, <https://www.oed.com>

El cuerpo, sostiene Mark B.N Hansen (2004), es una imagen más del mundo e interactúa con otras imágenes. Más tajantemente, y desde el pensamiento de Bergson, define al cuerpo como un campo de indeterminación. Cada movimiento actualiza un aquí, un ahora. Las imágenes del mundo no son objetivas. El ojo enmarca, selecciona. Fija el tiempo bajo su mirada. Una mano toca los objetos que la rodean y recién allí, en su dimensión háptica, logra dar forma al amasijo que llamamos realidad. El régimen digital, sin embargo, porta una arrealidad. Esto no significa que sus imágenes sean menos relevantes o verdaderas. Por el contrario: estas imágenes reclaman un sentido. Cada imagen, sostiene Hansen, precisa de un cuerpo para su desvelo, para fijar al menos un vector de su arrealidad: “the image can no longer be restricted to the level of surface appearance, but must be extended to encompass the entire process which information is made perceivable through embodied experience”³.

Podríamos decir que las inteligencias artificiales tensionan aún más el campo de indeterminación que es el cuerpo. El deepfake, por tan solo nombrar un ejemplo, hace que una imagen simulada se haga verdadera. Desestima la capacidad del ojo para dar forma al mundo. Ante el uso de un prompt, se deriva el pensamiento a un fango colosal de información. ¿Quién asegura que la respuesta que arroja un chatbot esté libre de sesgos? Aún valdría la pena volver al cuerpo, a su fuerza de gravedad, o al campo de indeterminación que actualiza cada vez esa realidad arreal.

Apuntes finales

En este breve recorrido, he elaborado un marco conceptual tentativo para pensar en torno a las nuevas modulaciones del cuerpo en la era del capitalismo informacional, un presente marcado por los procesos de datificación y digitalización, donde la existencia no solo habita una realidad de facto,

³ N. E: “la imagen ya no puede restringirse al nivel de la apariencia superficial, sino que debe extenderse hasta abarcar todo el proceso por el cual la información se vuelve perceptible mediante una experiencia corporeizada” (traducción del editor).

sino también niveles topológicos como el virtual. Desde los escritos póstumos de Nietzsche, elaboré una apertura conceptual para pensar qué es un cuerpo, definiéndolo como un campo de gravedad múltiple y polimorfo sobre el que reposan distintas intensidades. Por otro lado, con ayuda de las reflexiones de Jean-Luc Nancy, Judith Butler y Paul Preciado, establecí una apertura reflexiva en torno al fenómeno del cuerpo, entendiéndolo como una somateca sujeta al poder, cuya ecotecnia modula nuevas formas de habitar el presente digitalizado. Finalmente, desde las reflexiones de Bernardi en *Fenomenología del fin*, abordé la urgente reconfiguración epistemológica que necesita el cuerpo para comprender sus formas de acoplamiento a la proliferación de yuxtaposiciones digitales, desencadenantes de patologías ante la manifestación exagerada de infoestímulos.

Podríamos afirmar, entonces, que el cuerpo ya no cabe en sí mismo: las yuxtaposiciones estimulantes que ofrecen las imágenes digitales transforman la piel. Al mismo tiempo, asistimos a un presente digitalizado, en que la realidad de facto y la realidad digital entran en un mismo pliegue de afectos e intensidades. Yuk Hui (2020) plantea que la inteligencia artificial comporta una paradoja: “a través de su exteriorización, se confunde con un mundo construido por ella misma”. Esto quiere decir que lo real se colma de nuevas capas de sentido como la infoesfera, que es igual de habitable que aquello que denominamos “realidad”. Por ello, urge pensar en una ética del cuerpo digital: aquel cuerpo que implosiona en forma de datos, interpretado por algoritmos predictivos que modulan su comportamiento. Aquel cuerpo cuya mirada es devuelta por las interfaces, los servicios de streaming y las plataformas informacionales. Aquel cuerpo que no cabe en las hebras orgánicas de su nacimiento y ha rebosado su centro de gravedad.

En el deshuesadero, los cuerpos se sostienen unos con otros. Su fuerza los ha empujado a la gravedad. Allí, apilados, extendidos, pantallas y manos. También cables y ojos se mueven de un lado a otro: buscan, rastrean. Mirar equivale a intentar alcanzar con los dedos de un ojo esas imágenes, contradictorias, confusas. Imágenes a las que somos ciegos, pues no cesan de mutar. Lo real se bifurca, entra por la boca de un paisaje artificial. Allí, lo que se dice llamar realidad comienza a dilatarse. Se mira como Narciso

en el agua, pero en su reflejo hay más de una imagen, más de un cuerpo. Geografía de la piel multiplicada. Permanece, se ausenta. Esporangios, enredaderas. Lúnulas, tendones, cráneos, fisuras. Piel de dígitos, punto de intersección. El mundo se proyecta en cámaras de seguridad. Oprime y pellizca. La dermis pesa, llena de ácaros. Voltaje, hologramas de ángeles muertos. Un cadáver duerme bajo la higuera. Topología virtual: datos y metadatos. Sexo, edad, parentesco, nacionalidad, ocupación, fenotipo. Historial médico y delictivo. Germinan y se incrustan, esparcidos, los cuerpos de una fábrica: piezas, palancas, embragues, bielas, circuitos, horquillas, cardanes. Bordamos de punta a punta las costuras de otros ríos. Borrasca, chatarra acumulada. Somos restos que descansan en algún lugar del futuro.

REFERENCIAS

- Benjamin, Walter. El origen del Trauerspiel alemán. Abada, 2012.
- Berardi, Franco. Fenomenología del fin. Sensibilidad y mutación conectiva. Caja Negra, 2020.
- Borges, Jorge Luis. Ficciones. Random House, 2011.
- Buck-Morss, Susan. “Estética y anestésica. Una revisión del ensayo de Walter Benjamin sobre la obra de arte. La balsa de la medusa 25, 1993. 55-98.
- Butler, Judith. Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”. Paidós, 2002.
- Castillo, Alejandra. Adicta imagen. Ediciones La Cebra, 2020.
- Han, Byung-Chul. En el enjambre. Herder, 2014.
- Hansen, Mark B. N. New Philosophy for New Media. MIT Press, 2004.
- Heidegger, Martin. “La pregunta por la técnica”. Revista de Filosofía 5, n° 1, 1958. 55-79.
- Hui, Yuk. Fragmentar el futuro. Ensayos sobre tecnodiversidad. Caja Negra, 2020.
- Deleuze, Gilles. Nietzsche y la filosofía. Anagrama, 2016.
- Deleuze, Gilles. “Posdata sobre las sociedades de control”. En Christian Ferrer (Comp.). El lenguaje literario. Ed. Nordan, 1991.
- Jara, José. Nietzsche, un pensador póstumo. El cuerpo como centro de gravedad. Anthropos, 1998.
- Land, Nick. “Colapso”. Aceleracionismo. Estrategias para una transición hacia el poscapitalismo. Caja Negra, 2019.
- Nancy, Jean-Luc. Corpus. Arena Libros, 2003.
- Nietzsche, Friedrich. Así habló Zaratustra. Alianza, 2011.
- Nietzsche, Friedrich. La voluntad de poder. Edaf, 2000.
- Oyarzún, Pablo. “Lección del cuerpo. A propósito de Nietzsche, un pensador póstumo, de José Jara”. Revista de Filosofía 53, 1999. 187-192.
- Pasquinelli, Mateo. “Despuntos: Del crecimiento y la forma de la policía de los patrones”, 2015.
- Preciado, Paul. Yo soy el monstruo que os habla. Anagrama, 2020.

- Recalcati, Massimo. *El hombre sin inconsciente*. Paradiso Editores, 2021.
- Rodríguez, Pablo. *Las palabras en las cosas. Saber, poder y subjetivación entre algoritmos y biomoléculas*. Cactus, 2019.
- Stiegler, Bernard. *Nanjing Lectures. 2016-2019*. Open Humanities Press, 2020.

